

Al umbral de la memoria

Shir (Canto en el umbral)

MÓNICA GONTOVNIK

Letra a Letra, Bogotá, 2016, 46 pp.

EL TÍTULO es sugerente: un canto en el umbral debe de ser un borde en donde se sitúa el poeta para nombrar y nombrarnos; renuevo del lenguaje, arista, filo, margen y orilla. Punto de partida y de llegada.

“Canto” es también piedra; esta homonimia evoca el ritual judío de dejar guijarros en las tumbas cuando se visita a los muertos. Y en efecto, los versos están dedicados a la memoria del tío abuelo de la autora, Mónica Gontovnik, quien desde el inicio anuncia esta intención: “Todo lo que encuentres en tu camino es susceptible de ser bendecido. Yo bendigo la oportunidad de dedicarle este libro de poemas a Natish” (p. 18). La explicación que antecede a este homenaje habla del Holocausto judío que afectó a su familia, y de su deseo de rescatar del olvido a su antepasado poeta. ¿Insiste el libro en un motivo que ya es casi un lugar común?

Por otra parte, si en lugar de leer los poemas empezamos solo por sus títulos, surgen nuevas preguntas: ¿a qué obedece el uso de estas palabras en hebreo, utilizando al mismo tiempo los fonemas del español, en lugar de hacerlo en la lengua original, cuyos caracteres y la dirección de su escritura son bien distintos?, ¿se quiere acaso trazar un puente, de lengua a lengua, de ritos, de usos? ¿Es esta otra arista del lenguaje que el poeta usa para producir extrañamiento y situarnos en una orilla desconocida? ¿O simplemente se queda en lo obvio, es decir, nombrar la tradición judía?

De momento, se exige del lector la escucha abierta. Muy pronto la ruta se suaviza con los pies de página aclaratorios. Si se hace un recorrido lineal, es solo por los títulos y su traducción; poema tras poema, se ve a un viajero aprestándose a salir: hace sus abluciones matinales, se alimenta, mira el cielo, agradece la belleza del mundo, se reconoce a sí mismo como un ser con alma, practica sus ritos y ora para pedir protección. El camino

es ciertamente riesgoso; por eso no olvida agradecer el milagro de estar vivo, invocar la memoria de sus muertos y burlar a la muerte, que espera a todo transeúnte, mediante el canto, la danza y las consagraciones.

Canto, bendición y memoria. Tres reiteraciones justo antes de adentrarse en la lectura. El canto honra, recuerda, celebra; las bendiciones agradecen y protegen; la memoria es un homenaje, rescata del olvido a los que se han ido y recuerda quiénes somos, de ahí los rituales que acompañan y forman comunidad. Cualquier extraño se vuelve parte del grupo cuando se reconoce en los ritos, las palabras, la canción, la bendición. El ámbito sagrado es un lugar de encuentro e identidad entre los seres; la respuesta al desarraigo, al miedo, al exilio y a la soledad.

En “Sheol”, el sitio de la oscuridad adonde llegan las almas: “Allí todos son solo sombras separadas del mundo de los vivos y de Dios (...). Entre los judíos es un sitio no de permanencia de las almas, sino de olvido” (p. 43). Aquí el canto es tan terrible como el del vidente griego diciendo lo innombrable:

(...) hasta cuando las mujeres de mi país
se cansen de limpiar las algas
enredadas en tanta pierna de hijos muertos.
Orfeo,
si las Ménades te comieron por pedazos
antes de dejar intacta la boca que predice cantos
¿qué parte tuya seré capaz de mantener
para el portarretrato que se me permite
en el infierno?

Como el vidente, el poeta sabe su destino: cantar para preservar la memoria frente a la muerte y el olvido; retener en sus manos el agua de la belleza; iluminar con la palabra el destello del instante. No es, pues, cualquier periplo el que emprende este pasajero: se trata del peregrinaje por la vida, en cuyo vértice hallará el destino ineluctable. Y en su transcurso, la justa porción de incertidumbre, dolor, alegría, gratitud y temor:

El espacio se hace vacío
el camino en frente, clama.

(p. 28)

Los poemas, ordenados alfabéticamente de la A hasta la Z, conforman un alfabeto ritual. Letra a letra se suceden las bendiciones y los rezos. No falta nada en el equipaje del viajero. Ya puede emprender el camino armado con un lenguaje que le permitirá saberse en el exilio que le espera. La repetición del culto le brindará seguridad y pertenencia; la oración será el ensalmo contra la negrura de la noche y la incertidumbre de la ruta; las bendiciones le recordarán la belleza y mostrarán su reconocimiento por el pan y el abrigo.

La posibilidad
de no ser nunca
sino una puerta que se abre (...).

(p. 28)

Sin embargo, no es necesario moverse de la puerta para salir. El viaje es interior. Las pérdidas reiteradas, el recuerdo de los muertos, el del amado ausente, todos los duelos, son formas de exilio. El canto resuena para agradecer el hecho de estar vivo y lamentar la ausencia de los que se han ido:

Alimenta el cuerpo de nuestro
amado
la tierra que lo esperaba (...).

(p. 26)

No es “su” amado, es “nuestro”; a todos nos toca esta cuota de muerte y pérdida. El lenguaje de estos poemas no es excluyente, no se trata solamente de un asunto que atañe a los judíos. Es convocatorio. A todos nos concierne y nos sitúa en el umbral, como viajeros que somos. Por eso, mientras tanto, bien vale disfrazar con danzas de pies ligeros lo inminente, para intentar engañar a la parca:

La muerte también descalza
guarda su guadaña mentirosa
se escabulle entre la multitud
permitiendo el goce que
desde hace milenios
ningún disfraz tapa.
El canto es una sola línea
que dura lo que la llama le permite.
Fingimos no ver el punto final.

(p. 34)

Ahora es posible responder a la pregunta inicial por el sentido de este canto en el umbral. El canto aquí entonado es una búsqueda; y los poemas,

palabras rituales para nombrarnos en medio del exilio que supone la vida. Permiten la danza, el olvido y también la memoria. No de otra cosa se trata la poesía:

¿Cuánto sonaría mi corazón
si estuviera hecho de madera
y fungiera de umbral?

(p. 21)

Emma Lucía Ardila